****

**RETIRO COMUNITARIO CAMPAÑA VOCACIONAL**

**Retiro Comunitario Enero 2019**

**UNA COMUNIDAD CON RAÍCES, LLAMADA A DAR FRUTOS”**

**0.- MOTIVACIÓN**

El objetivo de la campaña vocacional de este curso es proponer una mirada de fe en la propia vida, que nos ayude a descubrir nuestro ser más profundo y nos desvele la propuesta vocacional que Dios tiene para cada uno de nosotros: una misión que colma de sentido nuestra vida y nos empuja a construir el mundo que nos rodea.

Sería un error pensar que este objetivo está destinado solamente a los jóvenes, para que al comienzo de su vida descubran su vocación desde la fe. También va destinado, así lo pensamos en este momento de retiro, a cada uno de nosotros, salesianos. Porque ya tenemos una historia, unas raíces, en la respuesta a la llamada que el Señor nos dirigió en su día; pero también una llamada que el Señor nos va actualizando en el presente, para soñar un futuro de mayor compromiso en la respuesta, dando frutos con nuestra vida en la misión salesiana.

El objetivo de este retiro es asumir el objetivo de la campaña vocacional, aplicándolo a la propia vida personal, y a nuestra vida de comunidad. Y hacerlo, desde la triple mirada de fe que el Papa Francisco pide a la iglesia (reconocer, interpretar, elegir):

- una mirada al pasado, a nuestras raíces, reconociendo en nuestra historia, y en la historia de las comunidades por las que hemos pasado, los dones que el Señor nos ha concedido, las personas de las que nos ha rodeado y que nos han configurado y nos han hecho crecer en nuestra respuesta al Señor;

- a nuestro presente, interpretando en nuestro momento actual y en el momento en el que vive nuestra comunidad, la llamada que el Señor nos sigue realizando día a día desde la realidad personal, comunitaria y de nuestra obra, a seguir siendo fieles a la misión salesiana;

- hacia el futuro, eligiendo aquellos caminos que nos permitan una conversión pastoral para seguir trabajando de forma renovada, creativa, con determinación, y dando frutos para la construcción del Reino de Dios entre los jóvenes.

Nos acogemos a la imagen del árbol, que solamente podrá subsistir si tiene unas buenas raíces, si va creciendo y desarrollándose en el día a día de su presente, y si está garantizando su futuro dando nuevas ramas y frutos. Nos acompaña en nuestra reflexión algunas pistas que el Papa Francisco nos ofrece en la Exhortación Apostólica Christus Vivit (CV), en su capítulo 6, nº 179-201: “Jóvenes con raíces”. Y también, alguna de las recomendaciones que el Rector Mayor nos ha dejado como fruto de la Visita Extraordinaria del curso ’18-’19 en su carta dirigida a los hermanos de la Inspectoría (RM).

**1.- RAÍCES**

Es bueno que durante unos minutos recorramos una vez más nuestras raíces, nuestra historia personal. También las comunidades por las que hemos pasado y nos han configurado personalmente. Se trata de reconocer nuestras raíces, las de nuestros hermanos y de nuestra comunidad.

Quizá inicialmente nuestra vida ya pasada puede parecerse inicialmente a un tapiz del que contemplamos la cara oculta que toca con el suelo o con la pared de la que cuelga: se asemejará a un amasijo de hilos y de pespuntes, sin lógica, orden o concierto. Pero que, si lo contemplamos en su cara vista, nos ofrecerá el bello espectáculo de una vida, nuestra vida, donde Dios ha ido tejiendo su historia de salvación, en los momentos buenos y también a través de circunstancias y sucesos aparentemente desfavorables o desgraciados (Cfr. CV 198).

Es bueno también que, durante unos minutos, recorramos la historia, las raíces, de la comunidad y la obra a la que pertenecemos, en la que estamos integrados desde hace más o menos años. Y descubramos cómo nuestras propias raíces, y las de nuestros hermanos, especialmente los de mayor edad, son las que están construyendo la propia identidad comunitaria. Y, sobre todo, nos están enriqueciendo personal y comunitariamente.

La actual globalización de nuestro mundo (Cfr. CV 185-186) corre el peligro de homogeneizarnos a todos, con una colonización cultural que nos desarraiga de de las realidades culturales y religiosas de las que provenimos, haciéndonos creer que la cultura imperante es la primera y única que ha existido. Nos puede hacer perder nuestro pasado, nuestra historia personal y comunitaria. Y la riqueza que las diferencias generacionales nos pueden aportar (Cfr. CV 187).

Descubrir nuestras raíces y narrarlas, conocer las raíces de nuestros hermanos de comunidad, aunque a veces nos suponga escucharles paciente y largamente mientras nos cuentan sus batallitas, es un ejercicio que, realizado de la fe, es un auténtico memorial eucarístico, de acción de gracias por la presencia salvadora de Dios en nosotros y en los hermanos que tenemos a nuestro lado, que tienen un ayer lleno de fidelidad y de entrega a Dios en los jóvenes (CV 195).

Al final de este primer momento, estamos invitados a hacer un poco de silencio y orar dando gracias para agradecer al Señor las raíces propias y de los hermanos de comunidad. Para contemplar la cara vista del tapiz de nuestra vida, y observar nuestra comunidad como una auténtica exposición de tapices variados y bellos: la vida hecha, aunque no completa, nuestra y de cada uno de nuestros hermanos, como un precioso museo donde el artista, que es Dios, ha ido tejiendo diversas obras de arte. Contemplarnos, contemplar a nuestros hermanos, y dar gracias a Dios: lo sembrado por Él en la tierra de nuestra vida, lo vivido y desarrollado hasta este momento, son nuestras raíces, a donde tenemos que agarrarnos para mantener el árbol de nuestra vida, de nuestra comunidad.

**2.- LLAMADAS**

Dios nos llamó en su día, sembrando en nuestra tierra la semilla de la vocación religiosa. Una semilla que echó raíces, que ha crecido y ha hecho historia hasta el momento presente. Pero Dios nos sigue llamando en el día a día. Personal y comunitariamente. “En cada persona, en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su Reino” (Prefacio III de Adviento).

Se trata de interpretar las realidades que vivimos en el momento presente. Y en dichas realidades, descubrir ya no solo aquella llamada inicial y fundante de nuestras raíces, sino las llamadas continuadas que Dios nos dirige para seguir creciendo, siendo fieles, dando fruto.

El Rector Mayor, en su carta como fruto de la Visita Extraordinaria, nos hace, en nombre del Señor, una llamada a revitalizar nuestra vida consagrada, mediante el primado de Dios en nuestra vida, y el celo apostólico hacia los jóvenes, especialmente los más pobres (Cfr. RM punto 1). En esta llamada, Dios nos pide ser el primero y único dueño de nuestro corazón, por encima de otros dioses e intereses. Y desde ese primado, servirle con celo y entrega en la misión salesiana. Para que el bien que podamos hacer, también nos haga bien a nosotros mismos, nos haga crecer por dentro y retroalimentar la presencia y el primado de Dios en nuestra vida.

Podemos preguntarnos en este sentido si lo que hacemos en la misión que tenemos encomendada es expresión del amor de Dios que experimentamos. Y si esa entrega a su vez retroalimenta nuestra experiencia de Dios. Solamente así, nuestras tareas no se reducirán a puro activismo, y llegarán a alimentar la presencia de Dios en aquellos a los que llegue nuestra acción.

También Dios nos llama a diario a través de nuestros hermanos. Y nos pide a cada uno que sepamos descubrir e interpretar su presencia y su belleza, más allá de las apariencias o de la rutina diaria, en cada uno de nuestros hermanos. Hay belleza y fraternidad en el hermano mayor que nos cuenta sus recuerdas, en el que acompañamos porque ha llegado tarde al final de una actividad pastoral, en el enfermo del que estamos todos pendientes, en el director al que vemos preocupado por llegar a todo y a todos, en el más joven al que escuchamos cómo han ido la última fiesta en el colegio o el centro juvenil (Cfr. CV 183). Y de forma especial, hay belleza en la aportación de nuestros hermanos mayores, llenos de sabiduría, y a quienes se nos pide cuidar, ayudar y acompañar en el aprendizaje de esta etapa de la vida, a crecer en su vida interior y a valorar su aportación en la tarea pastoral y de la comunidad, aunque sea más limitada (Cfr. CV 188-190; RM punto 1).

Solo de esa manera, podremos crear y alimentar una memoria colectiva como comunidad (Cfr. CV 191). Es esta memoria colectiva compartida la que nos procurará la alegría de vivir juntos en comunidad, de sabernos unidos, de crear auténticas relaciones de amistad entre nosotros (Cfr. RM punto 1).

Al final de este segundo momento, estamos invitados a hacer un poco de silencio y de oración de petición de perdón. A reconocer que no siempre es el Señor el dueño de nuestros pensamientos, palabras y obras. Que no siempre estamos atentos a descubrir sus llamadas continuas, cotidianas. Que no siempre somos constructores de comunidad, que no disfrutamos de los hermanos ni aportamos lo mejor de nosotros mismos para hacer que sean un poco más felices.

**3.- FRUTOS**

Reconocida la llamada del Señor, inicial y continua, en nuestra vida y en la de nuestra comunidad, se trata ahora de soñar y elegir un futuro que esté lleno de frutos en la construcción del Reino de Dios entre los jóvenes.

“¿Qué salesianos para los jóvenes de hoy?”. Es decir, ¿qué salesiano espera Dios y la congregación de cada uno de nosotros, en este momento y en adelante? No olvidemos lo que nos dice el Señor: “No me habéis elegido vosotros a mí, soy yo quien os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16).

Quizá el Señor nos está pidiendo:

-Que no perdamos las fuerzas ni la ilusión para estar entre y para los jóvenes, dejando si es necesario otras funciones y cargos (Cfr. RM punto 1).

-Que les ofrezcamos nuestro testimonio personal de hombres de Dios, como la primera y principal manera de hacer pastoral y crear cultura vocacional entre ellos (Cfr. RM punto 3).

-Que sepamos superar mis individualismos, ritmos y planes personales en favor de los de la comunidad (Cfr. RM punto 1).

¿Y qué frutos espera Dios de mi comunidad, en medio de la diversidad de personas, edades, circunstancias que la forman?

-La capacidad de soñar un futuro para la misión salesiana en la obra que animamos (Cfr. CV 192-194): ¡no defraudemos, desde un realismo pragmatista, a nuestro Don Bosco soñador! No olvidemos que la garantía de nuestro futuro, personal y comunitario, no está necesariamente en mantener las obras concretas que ahora animamos, sino en ser fieles a la misión salesiana juvenil y popular y a nuestra identidad carismática y pastoral (Cfr. RM punto 3).

-La capacidad de implicar a todos e implicarse todos en la misión común: también con la aportación de los hermanos mayores (Cfr. CV 197). Porque “si el joven supiese y el viejo pudiese, no habría cosa que no se hiciese” (CV 191).

-La capacidad para construir cada día una convivencia comunitaria hecha de auténticas relaciones personales, de fe compartida, de sentido de Iglesia.

Al final de este tercer momento, estamos invitados a hacer un poco de oración de petición. Oración personal para pedir al Señor generosidad en la entrega hasta el final de nuestra vida, hasta dar nuestro último aliento en favor de la misión salesiana. Oración comunitaria, para pedir al Señor la capacidad de soñar que nuestra vida en común sea cada vez más una auténtica comunión de vida; que seamos capaces de arriesgar nuevos campos de misión, nuevas aventuras pastorales para dar respuesta a las nuevas necesidades de los jóvenes y las clases populares; que con nuestro testimonio personal y comunitario de vida, como hombres de Dios, seamos capaces de dar frutos vocacionales que prolonguen en la historia semillas del Señor que, caídos en la buena tierra de nuestros jóvenes, echen raíces, crezcan y den fruto.

**4.- UNA COMUNIDAD CON RAÍCES, LLAMADA A DAR FRUTOS**

Hemos acudido a nuestras raíces, que no tienen que ser anclas de navío que nos fijen en el pasado, sino puntos de arraigo para apoyarnos en el presente y coger fuerzas para lanzarnos al futuro (Cfr CV 200). Se trata de frecuentar el pasado para, sintiéndonos llamados en el presente, soñar con horizontes futuros de misión y de construcción del Reino de Dios (Cfr. CV 199).

Y esto lo realizamos comunitariamente. También nuestra comunidad tiene sus propias raíces, trata de vivir creando comunión de vida, y soñar nuevos horizontes. Estamos en la misma canoa, en la que los más jóvenes reman con fuerza, y los más ancianos ayudan a mantener la dirección (CV 201).

Y todo ello lo realizamos no solamente para la salvación de los jóvenes, sino con ellos, que tantas veces nos preceden y nos ayudan a reconocer la presencia del Resucitado en nuestras vidas (Cfr. CV 299).

Que a ejemplo de don Bosco, vivamos buscando la gloria de Dios y la salvación de las almas, sintamos en nuestra propia piel las necesidades de los jóvenes más pobres, seamos creativos para dar respuestas nuevas a esas nuevas necesidades, y trabajando en comunidades educativas, seamos capaces de conducir a los jóvenes hasta la estatura de Cristo el Señor.

**PISTAS PARA LA REFLEXIÓN Y ORACIÓN PERSONAL**

*Para la propia reflexión y oración, la lectura de estas páginas puede ir acompañada de la relectura de los números de la Christus Vivit que se van citando, así como de la Carta del Rector Mayor a los hermanos de la Inspectoría. Y al final de cada uno de los tres puntos del tema, darse un tiempo de oración según las indicaciones dadas.*